

Mi alma alaba la grandeza del Señor...

Homilía 7 de octubre 2016

Beata Virgen María del Rosario

Lc 1,39-56

p. G. Papparone o.p.

Hoy la iglesia celebra la memoria de la Beata Virgen María del Rosario; entonces he querido leer el famosísimo himno que la Iglesia celebra todos los días, el **Magnificat**, cantado por María cuando comprendió ser la madre del Salvador, cuando percibió la maravillosa tarea que Dios le había donado: la de ser la madre de Jesús.

El rosario que la Iglesia reza junto a María es la oración a través de la cual el Evangelio quiere y debe encarnarse en la vida concreta de cada creyente; la meditación (de los misterios del rosario) es para la asimilación del contenido del Evangelio.

Esta progresiva asimilación, del Evangelio a través del rosario, tendría que conducir cada uno de nosotros a poder exultar por la alegría como se exultó María.

Mi alma alaba la grandeza del Señor y mi espíritu se alegra: exultar de alegría, porque todos nosotros tendríamos que sentirnos amados por el mismo amor.

Jesús un día lo dijo: ¿quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?

Son los que oyen el mensaje de Dios y lo ponen en práctica (Lc 8,19-21).

Exultar, entonces, porque somos amados por el mismo amor, somos portadores también nosotros del mismo Espíritu y del rostro de Jesús, el cual nos ha sido comunicado a través del Bautismo.

También nosotros somos llamados, como María y junto a ella, a generar Jesús en nuestra vida y llevar a Jesús a nuestros hermanos cual esperanza en el mundo, cual posibilidad de resolución de los sufrimientos, de las fatigas, de las guerras, de las discusiones...

Y por eso, entonces, en este día queremos en modo particular rezar a María, para que nos ayude a ser como ella: disponibles, acogedores, serviciales, silenciosos, humildes, listos a la voz del Señor, a la voz de su mando.

Listos a obedecer y a ponernos en camino con Ella para llevar nuestra ayuda y nuestra palabra de esperanza, a cuantos todavía están en la búsqueda, todavía dudosos, atravesados por las fatigas, por las penas de este mundo, a cuantos no logran todavía alegrarse por la presencia de Dios en la propia vida, o bien no han acogido tampoco a Dios o tienen miedo a hacerlo.

Pedimos entonces a María que nos vuelva apóstoles.

Alabado sea Jesús Cristo.